

Sesto
cargo del
Sr. ge-
neral Pe-
draza.

Esta nueva desgracia fué una consecuencia de las dos anteriores. El general Miranda marchaba violentamente á dar refuerzo al comandante general de Oaxaca; no podia preveer la disposicion de aquellas tropas: así fué que próximo ya á Etlá se convirtieron en enemigos aquellos mismos á quienes iba á reforzar: se demoró en emprender la retirada que á tiempo le ordené, y sufrió un descalabro sensible para la division. El Sr. general Pedraza, lo aumenta á sus cargos contra mí, pero juzgue el público.

Al anochecer del dia 4 llegué al pueblo de S. Juan del Estado con tanta obscuridad, que ya no fué posible ecsaminar bien el paraje donde debia campar la division: sin embargo, elegí una loma que domina al pueblo; pero no se vió que á esta le superaban otras que habia contiguas hasta el siguiente dia.

Al amanecer del 5 se avistó tropa de infanteria y caballería, al rumbo de Oaxaca, que iba sobre nuestro campo: la mia estaba sobre las armas antes de la diana, y en consecuencia me preparé á recibir al enemigo: éste colocó á nuestro frente su batería de cinco piezas, y resguardado de una barranca rompió el fuego que nos molestaba, á pesar de que se procuró cubrir la tropa, sirviendo las desigualdades del terreno. Dispuse que el Sr. coronel Mauleaa, con parte de su cuerpo y las dos compañías del septimo batallon permanente, operasen por la izquierda, adonde el general Santa Anna habia adelantado su caballería y alguna infantería para envolver nuestra posicion; y roto el fuego por ambas partes se mantenía con viveza. Por la derecha mandé al coronel D. José María de la Portilla con una columna compuesta de las compañías de preferencia del primer batallon y parte del activo de Puebla, que hacian la fuerza de 450 hombres, para que

cargase á otra columna del enemigo, que ya se aposeionaba de las casas. El centro de mi division estaba en las mismas lomas del campo, y quedaba en reserva parte de la infantería de Puebla, el quinto regimiento y la demas caballería.

La columna que iba al mando de Portilla era fuerte para batirse con la contraria, pues contaba á la vez con la bizarría de la compañía de cazadores del número uno y sus oficiales, siendo su capitán D. José Mariano Jimenez. Yo veía marchar ambas columnas con paso de carga, y por instantes esperaba que se rompiese el fuego: sin embargo, ya estaban á medio tiro de pistola ó menos, y aun no se disparaba un solo fusilazo ni por una ni por otra parte. Mucho despues supe que el capitán Jimenez habia preguntado al coronel Portilla si rompía el fuego? y la respuesta del gefe de la seccion fué: *espérelos V. hasta que estemos á las bofetadas*. Este lenguaje dirijido á un oficial tan valiente, picó su amor propio, en terminos que dejó aprocsimarsele á pocos pasos la columna enemiga. No obstante repito, que las resultas de este lance me sorprendian por no saberlo.

Yo estaba en observacion con el ante-ojo al lado del Sr. general D. José María Calderon, y advertí luego que el capitán Jimenez y los oficiales de Santa Anna, saliendo de sus filas se estaban abrazando. ¡Y hasta qué grado no debia aumentar mi sorpresa esta buena inteligencia! ¡cuántas consideraciones no se me agolparon al pensamiento! Mandé ejecutivamente un ayudante, que fuese á preguntar la causa de aquel incidente, y antes de saber la contestacion llegó un oficial de mi division á decirme, *que el general Santa Anna deseaba hablar conmigo, ofreciendo ponerse á la disposicion del Supremo Gobierno, y que este habia sido el motivo de paralizarse la accion*.

que 63 Mi posición era ventajosa en aquel momento: yo podía batir las tropas de Santa Anna; pero mil reflexiones cargaban á mi imaginación. ¿Podía yo en un orden de justicia inundar aquel campo de sangre, inmolando centenares de víctimas cuyo sacrificio estaba pendiente de mi voz? ¿No se limitaba mi comisión á reducir al orden al general Santa Anna y tropa que acaudillaba? ¿Este no ofrecía someterse sin dilación al orden y al poder de las leyes? Y aunque por otra parte veía los ardides que el propio jefe había usado hasta allí para evadirse del peligro ¿no era claro que su desistimiento de la acción era porque se veía perdido al frente de las fuerzas superiores del Gobierno? Y si llegaba á faltar á su compromiso ¿no podía ser batido en cualquier otro punto? Por otra parte, se presentaba la lisonjera esperanza de que iban á terminar los horrores y devastación de la guerra civil: los clamores y lágrimas de las familias que allí mismo debían quedar en horfandad. Y si yo desoía el sometimiento de los disidentes ¿podría descargarme ante la nación de la responsabilidad de haber destruido á sangre fría á tanto mexicano? Esta última y poderosa consideración me acabó de determinar, y bajé á oír al general Santa Anna.

Este jefe repetidas veces me ofreció allanarse á cuanto el Gobierno quisiese; pero me añadió que desconfiaba del Sr. Pedraza, por creerle susceptible de atroces venganzas. Procuré disuadirlo, (1) y en

(1) *El manifiesto de los sucesos de Perote página 72 dice: que en el acto de la entrevista con el general Santa Anna, me expresé contra el general D. Manuel Gomez Pedraza, pintándolo como un déspota y sanguinario, que debía verse arrastrado por las calles de México. Acaso el Sr. ex-Ministro de la Guerra ha podido creer con*

consecuencia nombró á los tenientes coroneles D. José Antonio Heredia, y D. José Antonio Megía, autorizados para estender sus proposiciones, que en sustancia se redujeron:

A someterse al Supremo Gobierno trasladándose toda la fuerza del general Santa Anna al punto que se le señalase en el Estado, mientras las cámaras venideras decidían sobre su pronunciamiento.

Que reconociera al Presidente que resultase electo fuese quien fuese.

Que el Gobierno se interesase con las cámaras por la suerte de los pronunciados.

Que ninguna de las dos divisiones ocuparía la capital de Oaxaca hasta la resolución del Gobierno.

El general Santa Anna aprobó en aquel momento las proposiciones citadas; y aunque una ó dos de ellas tenían restricciones irregulares, creí que por entonces estaba en el caso de admitirlas, con resolución de que se haría lo que el Gobierno ordenase. Por otro aspecto medité, y eran de pensarse, los pronunciamientos que acabábamos de ver en la división del coronel Pantoja y guarnición de Etna: la actitud en que llegó á los enemigos la columna del coronel Portilla: (1) [hago justicia á sus

ligereza esta suposición fomentando así el resentimiento que hoy me acredita, sin considerar las tachas que pueden ponerse en todas direcciones á semejante papel. Es falso en todas sus partes ese relato, y yo lo desmiento. Debe no olvidarse que cuando yo combatía al frente de los pronunciados de Perote, lo hacía incidentalmente por la causa del Sr. Pedraza, identificada con la del Gobierno; y si yo hubiera abrigado el negro encono que se refiere, me habría abstenido de encargarme de la división de operaciones.

(1) *El manifiesto repetido páginas 70 y 71 dice hablan-*

oficiales y á la lealtad del capitán Jimenez; pero abrazos al tiempo de batirse eran de infundir sospechas á quien ignoraba el antecedente]. No se me olvidó la falta de artillería y de municiones en que habia quedado mi division; y todas estas nuevas razones, unidas á las precedentes y á la creencia de que Santa Anna por esa vez se manejaba sin cautela, me hicieron aprobar tambien las enunciadas proposiciones, consultando antes con el Sr. general Calderon y otros gefes de la division. Santa Anna se retiró á Esla, y yo hice replegar la division á mi campo de S. Juan del Estado, dando conocimiento al Gobierno por el parte número 70.

Pasó el dia 5 sin que el general Santa Anna me mandase el convenio acordado. El 6 por la tarde me llegó su comunicación número 71: ella está concebida en terminos convincentes de las insidias que se usaron para salir de un apuro: el enemigo fué á ocupar á Oaxaca: se retractó sustancialmente de lo acordado, y tuvo la inconsideracion de decir-

do de la procsimidad de las dos columnas. „Ya habian llegado como á tiro de pistola:” „cuando los capitanes „Bonilla y Jimenez que eran compañeros en el mismo „cuerpo, aunque el primero se hallaba con la division prospecta, empezaron á hablarse y sin pedir permiso á sus „gefes, salieron enmedio del campo, se abrazaron y principiaron á conferenciar:” „de aquellos oficiales pasó á „otro y otros, y hasta los soldados se unieron mezclándose entre las filas contrarias como si no hubiera la „menor enemistad, llegando á encontrarse dos hermanos „de distintas bandas que se abrazaron, arrasados sus ojos „de lágrimas cuando estaban próximos á batirse.” Graduese pues, si el general de la division de operaciones debió ó no sorprenderse al ver una confraternidad tan inoportuna.

me que me cedia á Ella. Yo fui engañado lo confieso: habia obrado con absoluta buena fe, porque me persuadia que en mi caso la capitulacion era una cosa sagrada; y si puede culpárseme es de haberme confiado, dando crédito á la palabra de un general. Por tanto le puse la contestacion número 72 manifestándole que iba á continuar sobre él las hostilidades.

Es este el cargo de mas entidad que me forma el Sr. general Pedraza en su manifesto página 71. Mas ¿cuantas circunstancias no abogan con mucha justicia, en pro de mi comportamiento en esa vez? Acaso el mismo Sr. general Pedraza hubiera tambien caido en la red de unas asechanzas tan desconocidas: acaso su sensibilidad de hombre se habria conmovido al preever el teatro sangriento que estuvo para representarse en el acto de la accion; y esto en un orden regular y decoroso, iba á evitarse con el sometimiento del enemigo á las leyes y al Gobierno.

El correo llegado la noche del 5 habia conducido varios periódicos de la capital, que me hicieron comprender cuan vanas eran todas mis fatigas para acallar la maledicencia: conocí que mis trabajos se hacian ímprobos, pues sacaban por recompensa las imputaciones mas indignas: para libertarme de ellas, por correo extraordinario supliqué el dia 6 en carta particular al Sr. general Pedraza, se me relevase del mando (documento número 73) y se me dijo despues por la carta número 71 que se habia accedido á mi peticion. El 7 dí nuevo parte al Gobierno de las últimas ocurrencias (oficio número 75.)

Aposesionado Santa Anna de Oaxaca, se necesitaban ya otros elementos para batirlo. Pedí violentamente á Teotitlán del Camino dos piezas de

á cuatro y un obus (documento número 76.) Se mandó al general D. Francisco Javier Valdivielso se me reuniese con una fuerza de mas de 600 hombres, y me pareció bien que su llegada se conciliaba con las medidas adoptadas. El espresado gefe me participó desde Huajuapán, que la infanteria que conducia se le habia amotinado en tal extremo, *que acaso se veria precisado á destruirla con la caballeria dentro de veinte y cuatro horas;* (oficio número 77) pero sin embargo de esta temible contingencia el Sr. Valdivielso supo conducirse muy bien, y llegó á Etna sin novedad.

El 12 recibí la orden del Supremo Gobierno número 78, para entregar el mando al Sr. general D. José María Calderón, y en consecuencia la trasladé el mismo dia al referido gefe á fin de que tuviese cumplimiento. Me contestó en lo verbal, que estando ya combinadas por mí nuestras operaciones para la toma de Oaxaca, no convenia que yo me separase de la division: que por otra parte, yo sabia bien que el general Santa Anna, iba á ser batido dentro de dos dias, y no era razonable que dejase de cojer el fruto de una victoria que tantos afanes y disgustos me habia costado; y que así, no admitia el mando. Este rasgo de desprendimiento escige hoy que no lo calle. El general Calderón ha sido siempre un buen amigo mio: algunas veces compañero en la campaña, y entonces me dió una excelente prueba de amistad. Le insté todavia, y él volvió á resistirse.

El 13 llegó el general Valdivielso, como he dicho, con la fuerza que consta en el estado número 79. Mi pundonor estaba ofendido vivamente, no tanto por la mala fe del general Santa Anna, como por la atrocidad con que se me calumniaba ante el Gobierno. Era necesario atropellarlo todo,

y hasta la misma muerte si era posible, por indemnizar mi opinion. Determiné pues, que á pesar de no haber llegado la artilleria de Teotitlán marchase la division sobre Oaxaca, no obstante tambien, que la caballeria del Bajío se hallaba estropeada.

Poniéndolo en ejecucion, la madrugada del 14 de noviembre salieron de Etna todas las fuerzas del Gobierno, que constaban de 2161 hombres, (estado número 80) es decir, que la division era mayor que la del enemigo en 580 ó 600 hombres. (1)

El general Santa Anna, como queda visto en el curso de la narracion, habia salido de Perote con mas de 600 hombres y cinco piezas de artilleria: en las villas se le reunió alguna gente: el coronel Pantoja se pronunció por su causa en D. Domingullo con 185 plazas, y á continuacion se le incorporó la guarnicion de Etna en número de 700 hombres: juntó tambien en Oaxaca como 225 civicos: de donde se deduce, que aun cuando hubiese padecido la baja de 150 hombres dispersos ó que no quisiesen tomar partido en Etna, le quedaba la fuerza de 1600 en Oaxaca, en cuyo parage se hizo de mucha artilleria é inmenso parque acopiado en Santo Domingo. El dia 14 ocupaba los edificios de mas defensa, y habia fortificado y artillado el cerro de la Soledad, que bate la entrada y toda la capital.

A las diez de la mañana llegamos á la ha-

(1) *El estado que acaba de verse relativo á la fuerza de la division de operaciones, demuestra el yerro que comete el manifesto referido de 829 en la página 76, pues allí espresa que se componia ya de 30 hombres de todas armas, mas bien más que menos.*

cienda de Pansacola situada al pie de la cordillera de montañas que va hasta Oaxaca, de cuya ciudad habia salido el general Santa Anna, y formó su línea de batalla apoyando el ala derecha en la casa de Mata. Yo formé la mia, poniendo la derecha á las órdenes del coronel Mauleaa que mandaba su batallon, y el Sr. coronel Andrade con el quinto regimiento, un escuadron del décimo y otro de auxiliares del Bajío. La izquierda apoyada á la hacienda, la confié al Sr. coronel D. Ciriaco Vazquez, con el batallon activo de Puebla, quedando para cargar en el centro el Sr. coronel D. Antonio Garcia, con dos escuadrones de su mando, y en reserva las dos compañías del activo de Toluca y la de cazadores de Querétaro.

Me habia propuesto que el cerro de la Soledad fuese atacado y tomado, embistiendo al mismo tiempo el grueso de las fuerzas formadas en el llano. Con ese fin destaqué una columna de mas de 500 hombres de tropa escogida de la division, á las órdenes del coronel D. José María de la Portilla. Iban en ella las valientes compañías de granaderos y cazadores del primer batallon, los acreditados fusileros del septimo y la compañía de granaderos del activo de Puebla: á Portilla previne, que con toda velocidad marchase por la cima de los cerros, hasta ocupar una altura que domina al propio fortin de la Soledad, para cuya operacion llevaba la tropa en las cartucheras á razon de seis paradas de cartuchos por plaza, y ademas cuatro cajones que recibió Portilla y se condujeron en mulas. La altura de que se iba á apoderar estaba perpendicular á la casa de Mata, donde apoyaba la línea de Santa Anna, y luego que este general vió mi movimiento, mandó subir á la misma, una parte de su infanteria: no obstante, yo me prometí la toma de la al-

tura dominante, porque aunque el enemigo debia andar un terreno mas corto, era mucho mas escarpado que el que llevaba la columna de Portilla. Por desgracia este gefe, hizo alto á medio camino, dando tiempo á que el enemigo ocupase el punto en cuestion. Entonces previne á Portilla por medio de mi ayudante D. José María Mendoza, que atacara la posicion hasta ocuparla, enviándole en refuerzo la compañía de granaderos de Querétaro.

Todavía no se obsequió mi orden. Portilla que acaso deseaba que se atacase la línea enemiga por ver si bajaba nuevamente alguna de su infanteria, se demoró aun en romper el fuego, y cuando lo ejecutó fué á mas distancia del tiro. En el instante que oí comenzado arriba el ataque, espedí mis órdenes, y el coronel Mauleaa en columna cerrada atacó el flanco izquierdo del general Santa Anna, desplegó en batalla y rompió el fuego sobre su batería de tres cañones. Simultáneamente hice que el coronel Vazquez cargase el flanco derecho: el quinto regimiento lo verificó por el frente de su flanco, luego que rompió el fuego el coronel Mauleaa, y el Sr. coronel Garcia cayó impetuosamente por el centro. En diez minutos fué deshecha la línea del general Santa Anna, quedó en mi poder toda la artillería que habia sacado de Oaxaca, y el campo se vió sembrado de cadáveres, en distancia de mas de media legua.

Yo habia prevenido al coronel Mauleaa que no pasara de la Casa Mata con el objeto de dirigir desde allí la continuacion del ataque del cerro, mientras la caballería seguía el alcance del enemigo; pero la tropa de Mauleaa fuera de sí con el placer de la victoria, se metió hasta Oaxaca. El batallon activo de Puebla, por ser la primera campaña en que se hallaba, padeció alguna dispersion despues del ataque, teniendo que disponer por eso

que se fuese reuniendo prócsimamente á la garita; de manera, que al llegar yo á la casa de Mata, me ví sin otra infantería que las compañías de Toluca que estaban prócsimas, y en el acto de disponer se esforzase con ellas la toma del cerro de la Soledad, llegó uno de mis ayudantes desde la plaza de Oaxaca participandome que la division del Gobierno estaba apoderada de ella, y necesitaba de mi presencia.

En ese instante se me presentó el coronel Portilla bastante agitado, y me anunció que su columna habia sido batida en términos de que apenas habia podido salvar siete hombres. Despues veremos lo que ocurrió en este parte; pero yo no pude dudar de él, por el carácter del gefe que lo daba; y creyendo cierta la derrota de la columna, desistí por entonces del nuevo ataque al cerro, para el que no tenía á mano las tropas necesarias.

Marché corriendo á Oaxaca: encargué al Sr. general Calderon, reuniese la tropa del activo de Puebla y quedase hecho cargo de la retaguardia de la division. Ordené al Sr. general D. Francisco Valdivielso entrase á la ciudad con las compañías de Toluca, y al llegar yo á la plaza encontré una parte de mi infantería dispersa por las calles, persiguiendo y matando á los enemigos prófugos. A poco llegaron las compañías espresadas, y con ellas me dirigí sobre santo Domingo por la calle del Hospital; pero ya este convento habia sido reforzado por la infantería que Santa Anna retiró de la altura de la Soledad, y para ocuparlo se necesitaba un ataque combinado con mayor fuerza, sin ser bastante la de Toluca, de la que murieron siete soldados á los primeros tiros del enemigo; por lo que se advirtió poca firmeza en la tropa, como no aguerrida en la campaña. Temí una dispersion, y me fui retirando

gradualmente á la plaza para reunir allí el resto de la infantería. El coronel Mauleaa habia colocado una parte de su cuerpo en la torre y azotea de Catedral, y ésta al toque de tropa, sin órden espresa abandonó aquel punto, como supe despues.

Estando en la plaza vimos doblar por la esquina de la calle de santo Domingo ácia el costado de Catedral, una columna al parecer de 150 hombres: como la infantería de mi division estaba subdividida en trozos, tuvimos aquella por nuestra; no se le rompió el fuego, lo que le permitió acercarse á quema ropa, y entonces comenzó á obrar su fusilería. Yo que me encontraba en aquel lugar con el general D. Francisco Javier Valdivielso y el coronel Mauleaa, contuve por el pronto la comocion de nuestra tropa al verse cargada tan improvisamente; y con espada en mano, ayudados del subteniente Vazquez del primer batallon, la hicimos ordenar, y dispuse, que cubierta con el cementerio ácia la parte de la plaza resistiese al enemigo. Este se apoderó tambien de la otra parte de dicho cementerio, hasta que dí orden al quinto regimiento que se moviese para cortar la misma columna, y lo cumplió así el Sr. Andrade. Visto el movimiento por el enemigo, se replegó muy ejecutivamente á santo Domingo.

Comenzaba á entrar la noche, y reducidas nuestras municiones á 16 cajones de cartuchos no pensamos mas que en tomar posicion dentro de la ciudad; el Sr. Calderon se incorporó con la retaguardia, mandando yo préviamente se le reuniesen los oficiales que habian subido al cerro con la columna de Portilla y los dispersos que se hubiesen recogido. En este punto me sorprendí de ver entrar la misma columna que encomendé á Portilla, sin faltar mas que veinte y dos hombres entre muertos y heridos,

y además los siete que anticipadamente bajó aquel jefe.

Reconvenidos por mí los oficiales que habían mandado aquella tropa, me informaron los capitanes D. José Mariano Jimenez, D. Ramon Cortina, y D. Luis Morquecho, y el teniente D. Juan Morales, que el coronel Portilla había abandonado la columna, dejándolos comprometidos en el ataque, por lo que hubo de tomar el mando en su defecto el capitán de cazadores Jimenez. A esta ocurrencia se debió que ese día no hubiera acabado del todo la revolucion; y aunque hoy falta el coronel Portilla, existen los mismos oficiales, á quienes no supo conducir esa vez, que así lo publican; con la singularidad de que algunos de ellos se me presentaron diciendome, que otra ocasion irian á un castillo antes que militar á las órdenes de Portilla.

La confusion consiguiente á una accion de guerra se aumentaba con la obscuridad de la noche, y con la falta de conocimientos de aquellas calles y edificios: de modo que el Sr. general Calderon cuando entró á la madrugada, tuvo que usar de su serenidad, para mantener en formacion al activo de Puebla que titubeó varias veces, por el fuego que se le hacía desde algunas bocas calles. Al amanecer se ocuparon los puntos que me parecieron mas interesantes, entre ellos el convento de S. Agustin, que al mismo tiempo que yo, intentó ocupar el enemigo, y quedó mi division situada en la plaza principal, Catedral, la Alóndiga, S. Juan de Dios, el Hospital, S. Felipe y S. Pablo.

Por segunda vez las valientes tropas del Gobierno se coronaron con el laurel de la victoria arrancada á fuerza de sangre, y en medio del destrozo de los disidentes. Estos tuvieron sobre 750 entre muertos, heridos y dispersos, y la baja de todos los cívicos de Oaxaca. De mi division murieron 36 hom-

bres, 59 fueron heridos, 10 contusos, y 41 estraviados: [véase el estado número 81.]

El detall de la accion nunca se publicó: yo lo elevé al Gobierno en los dias próximos al grito de la Acordada y fué estraviado; por cuya circunstancia, ahora que estiendo la relacion detenida del suceso, acompaño con el número 82, y bajo las letras desde la A hasta la G, los partes que me dieron los gefes de los cuerpos; en el concepto, de que el que suscribió el coronel Portilla, fué en virtud de las noticias que adquirió de los comandantes de las compañías que estuvieron á sus órdenes, y para cubrir su falta supone la de municiones, que no fué efectiva.

Este acontecimiento ciertamente glorioso para las armas del Gobierno, puso al enemigo en el mas apurado caso, como adelante se observará, y la revolucion iba por instantes á concluirse. Sin embargo, el general Pedraza no lo entiende así en su manifiesto página 71. Movido de un ahinco contra los que eran opositores á su presidencia, no quería sino que como obra perentoria quedasen deshechos en el campo de batalla: ahora ni una sola expresion se le oye sobre la jornada del 14 de noviembre, porque Santa Anna siguió ocupando algunos puntos fortificados. Solo menciona que por causa de mis procedimientos se llenó de luto la ciudad de Oaxaca, y seiscientas victimas fueron el resultado de la entrada de los disidentes en aquella capital. Enardecida su imaginacion, califica despues esa victoria como un hecho de matanzas y desolacion; pero se absorbe tanto en su negocio, que no mira ni las contradicciones en que cae. Se manifiesta sensible y filantrópico por las desgracias inevitables de la accion del 14 de noviembre, y no se acuerda de sus detracciones contra mí, porque en S. Juan del Estado no